

# La carta cerrada

Gustavo Martín Garzo

Lumen

---

*narrativa*

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

(c) Random House Mondadori, S.A.

Primera edición: octubre de 2009

© 2009, Gustavo Martín Garzo

© 2009, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-264-1753-4

Depósito legal: B-30.633-2009

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso en Limpergraf

Mogoda, 29. Barberà del Vallès (Barcelona)

Encuadernado en Baró Siglo XXI

H 4 1 7 5 3 4

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)  
(c) Random House Mondadori, S.A.

*A Emilia Garzo,  
mi madre*

No laves al infierno los retratos del cielo.

SILVINA OCAMPO

# I

**E**n mi madre había una herida que nunca se curaba, fue así desde que tengo recuerdos de ella. Era aún muy pequeño cuando la oía llorar por las noches. Lloraba porque su relación con mi padre era un desastre, lloraba por mi hermano, porque su vida apenas era un pálido reflejo de lo que había esperado. Yo iba a su cuarto a consolarla y tenía miedo a encontrarme con algo oscuro y desconocido.

Unos meses antes de su muerte estuvimos paseando por los jardines de la universidad. Yo había terminado el bachillerato y cursaba el primer curso de medicina. Era un domingo de otoño. El sol desprendía llamas de las hojas y los plátanos extendían sobre nuestras cabezas sus gruesas ramas llenas de nudos. Nos sentamos en un banco.

—Te has hecho mayor sin que me diera cuenta —me dijo, con una sonrisa triste.

Mi padre y ella apenas se hablaban y yo, que era su único apoyo, había empezado a volar por mi cuenta. Ya no era el niño que había ayudado a crecer, que la necesitaba hasta para ir a la cama y desabrocharse los cordones de las botas.